

Ahora bien, el sabio concienzudo, de quien he tomado la mayor parte de estos informes, después de trazar este cuadro desolador, hace recordar que para los condenados á trabajos forzados la jornada de presencia es de doce horas, de las cuales no se hace más que diez horas de trabajo efectivo, y que en las Antillas, los esclavos negros no trabajaban más que nueve horas cada veinticuatro (1).

Es cosa fácil á los ignorantes, en presencia de tales males, acusar á la rapacidad de los patronos; pero, como ya hemos dicho, semejante acusación no resiste al examen de los hechos. Los grandes industriales de Mulhouse eran, desde esta época, conocidos por sus sentimientos de humanidad y de adhesión á los intereses de sus obreros, y en muchos pasajes Mr. Villermé se complace en rendirles homenaje.

«Pero ¿qué puede hacer su devoción aislada? Muchos de ellos mismos señalan los hechos que acabo de reseñar; quieren y piden con toda su alma un remedio á un mal tan grande, que ellos están, mientras tanto, obligados á conservar en su propia fábrica. Y en efecto, ¿con qué condición les es permitido disminuir la duración tan larga del trabajo de los niños? Disminuyendo también el salario ó conservándolo intacto. En el pri-

(1) Villermé, obra citada, pág. 64.

mer caso, los padres harán trabajar á sus hijos en las fábricas en donde, al precio de su salud, saquen algunos céntimos más (1). En el segundo, los fabricantes no podrán sostener la concurrencia. En los dos casos, su ruina será igualmente cierta» (2).

La concurrencia, en efecto, no tarda en derrotar al patrono, que se revuelve contra sus decretos. Los obreros, nosotros lo vemos, pueden intentar la lucha y triunfar, pero uno solo es imposible. Y si se me quiere permitir una comparación que, como un *leitmotiv*, impresiona sin cesar á mi espíritu cuantas veces visito una fábrica, diré que la concurrencia, aplicada al contrato individual de trabajo, parece la muerte segando á la humanidad. Son conocidos esos cuadros, siem-

(1) Los padres no tendrán, en efecto, otra alternativa, porque los salarios de éstos están, en virtud de la misma acción de la ley de los salarios, reducidos en una suma equivalente al salario que ganan sus hijos. Si los hijos ganan un salario menor, la alimentación de los miembros de la familia será más reducida, y antes de preocuparse de sustraer á sus hijos de un trabajo penoso que compromete su salud para el porvenir, es preciso, evidentemente, comer el pan de cada día.

(2) Villermé, obra citada, pág. 66.—A continuación de estas líneas añade el autor: «Admitamos por un momento que para ser fiel al principio sagrado de la humanidad, un fabricante cambie la dirección ó la naturaleza de sus negocios, ¿el mal será menor? No, porque en lugar de su fábrica se elevará otra parecida, cuyo dueño será menos delicado que él en los medios de enriquecerse.»

pre emocionantes, en los que el pintor ha representado á la Gran Guadañera acosando sin piedad al rebaño humano: aquí, una joven pareja que está á punto de comenzar la canción de amor; allá, una madre que amamanta á su hijo; más lejos, un grupo de personajes que se entregan á los placeres de los sentidos y, al lado, un robusto trabajador, con los brazos desnudos y el martillo en la mano, cumplido el trabajo que debe ganar el pan de la familia; en fin, en el fondo, un campesino que va á recoger las espigas en sazón, justa recompensa de incesantes fatigas. Todos levantan el brazo suplicando y pidiendo que les sean concedidos algunos instantes. La Guadañera, implacable, permanece sorda á los ruegos de todos, buenos ó malos, trabajadores ó voluptuosos.

Así obra la concurrencia enfrente del salario de los trabajadores manuales. De ellos hay cientos y miles que exigen el alza de algunos céntimos, sea para satisfacer sus pasiones deshonorosas, sea para subvenir, en mucho mayor número, á las necesidades, muy reducidas, sin embargo, de sus mujeres y de sus hijos. Este enseña su hogar desierto y sucio, porque su mujer tiene precisión de ir á trabajar á la fábrica; este otro tiene en sus brazos un recién nacido, que reclama la lactancia maternal; este tercero enseña el triste pálido de sus hijos, á los que no puede dar alimentación suficiente. Cada uno litiga por una

causa sagrada entre todas; porque ella es la del derecho del trabajador manual á ganar por su trabajo la subsistencia de su familia, *tan numerosa como la haga el respeto á las leyes providenciales*. La concurrencia permanece sorda á todos estos llamamientos; é jirrisión suprema!, ella se sirve de los patronos más compasivos, de los que tienen un corazón en el que palparía la caridad de un San Vicente de Paúl para convertirlos en instrumento de su obra. *Bajo el régimen del mercado individual de trabajo*, su victoria es cierta y aplastante.

Sin duda, siguiendo el ejemplo de Inglaterra, Francia recurrirá á su vez á la intervención del legislador para poner término á tan grandes males; la ley de 1841 será votada después de una discusión memorable, en la que el Arzobispo de Rouen, haciendo eco á la voz del Obispo anglicano de Chester, declarará «que en estos días de progreso y de descubrimientos, es preciso una ley de hierro para impedir la muerte de los niños por el trabajo». (1) Pero esta medida legislativa no tendrá más que una acción insignificante: seis años más tarde, M. Carlos Dupin se verá obligado á defender ante una Asamblea poco clarivi-

(1) Citado por Mataja. *Los orígenes de la protección obrera en Francia*, revista de Economía política, 1895, página 73.

dente y bastante inclinada á escuchar los consejos del egoísmo, las circunstancias atenuantes en favor de una ley nueva, que él garantizará que todavía no será «bastante humana» (1).

M. Boissel podrá, sin exagerar nada, pronunciar estas palabras en la tribuna de la Cámara: «¿Quién de entre vosotros, señores, ante el aspecto de degradación física de la clase pobre en to-

(1) El pasaje entero merece ser reproducido. «Con arreglo á la ley francesa, el adolescente debe producir setenta y dos horas de trabajo por semana; con arreglo á la ley británica, no produce más que sesenta y nueve; tres son disminuídas del trabajo del sábado. Además, entre los ingleses, el trabajo de doce horas no puede ser atendido más que por los niños mayores de trece años, al paso que entre nosotros se aplica á los de doce años. Entre los ingleses no se podía en 1844 pedir ocho horas de trabajo más que para los niños de nueve años; y entre nosotros esta duración de trabajo puede ser exigida á niños menores de ocho años. Entre los ingleses está absolutamente prohibido para los adolescentes el trabajo nocturno; entre nosotros está permitido, para recuperar el tiempo perdido por efecto de una paralización del motor mecánico, ó para practicar reparaciones urgentes.

»Os enseñamos con cuidado todos estos contrastes, á fin de convencerlos plenamente de que nuestra ley de 1841, podríamos decirlo sin titubear, no era bastante humana, porque no protegía bastante á la adolescencia y á la infancia, sino que, por el contrario, protegía menos á estas dos clases de trabajadores que la legislación inglesa.» Informe de Carlos Dupin sobre el proyecto de ley relativo al trabajo de los niños, en 29 de Junio de 1847, citado por Emilio Girardin en su obra *La abolición de la miseria y la elevación de los salarios*. Carta á M. Thiers, París, 1856, pág. 21

das las poblaciones industriales; quién de entre vosotros no ha llorado el destino de esos pobres niños delgados, pálidos, sin carnes, y tan agotados ya, que se duda, cuando se les ve que pueden llegar hasta la edad viril? En efecto, muchos de estos seres debilitados mueren hacia la época de la juventud... Los otros, hombres hechos, aumentarán esta población debilitada, enfermiza, que parece una raza de hombres aparte, que llevan sobre su figura el sello de una miseria incurable y de una vejez anticipada» (1).

En semejantes materias la acción del legislador es casi impotente; sin duda se puede decretar que los talleres se cerrarán un día por semana, y que sus puertas estarán siempre cerradas para los niños que no tengan una edad determinada; pero estas medidas excelentes no disminuirán más que algunos de los males que abaten á la familia obrera. Si se apela á ellas más que á otras, no es porque sean las más saludables, sino porque ofrecen asidero á la acción gubernamental. El trabajo precoz agota á la infancia; pero la alimentación insuficiente y malsana, la habitación nauseabunda, la vagancia en las calles, no le son menos funestas; y, sin embargo, el legislador no

(1) Discurso de M. Boissel pronunciado en la Cámara de los Diputados el 27 de Julio de 1847, citado por Emilio Girardin, obra citada.

puede hacer absolutamente nada para asegurar al padre un salario que le permita desenvolver la salud física y moral de sus hijos.

Así en la víspera de esta revolución de 1848, que había de incluir los problemas del trabajo industrial, en el primer plan de las preocupaciones públicas, Miguel Chevalier, un economista ortodoxo, podía escribir: «yo afirmo que hay una mitad del pueblo francés cuya alimentación no es suficiente á las exigencias de la higiene», y Julio Simón podía publicar un pequeño libro cuyo solo título es un drama: *El obrero de ocho años*.

\*  
\*  
\*

Los hechos contemporáneos aportan en favor de la ley de los salarios un testimonio no menos irrecusable. Sin duda, gracias al empleo de la única fuerza capaz de resistir á la concurrencia, *la cohesión orgánica de los obreros*, se han realizado progresos evidentes, y estos progresos han sido mayores en los dos países que tienen la mejor organización de esta cohesión obrera, Inglaterra y los Estados Unidos; pero innumerables fenómenos económicos atestiguan la acción, siempre activa, de la concurrencia sobre el contrato del trabajo. En Francia, desgraciadamente, esta acción alcanza todavía á menudo su plena expansión en los casos muy raros en que está paralizada ó contrarrestada; basta, para descu-

brirla, hacer un análisis un poco minucioso. En Física nadie niega la acción de la gravedad bajo pretexto de que entrando en una habitación no se observe la caída de todos los objetos y de todos los muebles que allí se encuentren; se contenta con decir que la resistencia del piso de la mesa ó de la chimenea contraría la acción de la gravedad. También los fenómenos económicos aparecerían más claros y más sencillos si se les quisiera estudiar solamente con un buen método científico.

He aquí una enumeración de algunos hechos económicos cuyo testimonio es especialmente probatorio; la mayor parte es conocida, y también el lector podrá á menudo relacionarlos con aquellos hechos especiales que hayan sido por él personalmente observados:

1.º Existe, según es sabido, gran diferencia de salarios entre los obreros de los diferentes países; dentro de un mismo país entre los obreros de las diferentes provincias, y dentro de una misma provincia, entre los obreros de las diferentes profesiones. Luego si se atiende á las variaciones de salarios entre los diversos países de la tierra ó entre las diversas provincias de un mismo Estado, se observa que, estas variaciones, se explican bastante menos por la diferencia de los precios de los géneros necesarios para la subsistencia del obrero, que por las diferencias de

las necesidades de este mismo obrero. Así el carpintero bretón recibe un salario muy inferior al que percibe el carpintero parisién; la inferioridad del coste de la vida en Bretaña no explica más que una parte de esta diferencia que es, sobre todo, engendrada por la diferencia comparada de las necesidades de los dos obreros (1).

«El albañil ó carpintero del Indostán—dice M. Levasseur—que gana ocho annas (veinte sueldos á la par, y al cambio actual del dinero diez sueldos en Francia) por día, y el japonés, cuyo salario equivale á veinte ó veinticinco suel-

(1) Esto demuestra, al mismo tiempo, cuál es el verdadero sentido de una fórmula frecuentemente repetida en ciertos lugares, fórmula, según la cual, «los jóvenes campesinos quieren, equivocadamente, ir á las poblaciones, donde ganan más, es cierto, cuando encuentran trabajo; pero las necesidades de la vida crecen en proporción á la ganancia». Esta frase no puede ser aceptada sin formales reservas; porque este acrecentamiento de necesidades jornaleras promoverá también un gran acrecentamiento de goces, y el que se quiera contentar con su antiguo estado de vida podrá realizar notables economías. Estas economías no son imposibles; los mineros auvernianos, que ahorran un pequeño peculio en París, lo prueban. Si se quisiera hacer un estudio minucioso de esta cuestión, es probable que se descubriera que muchas gentes no viven todavía en el campo porque ellos mismos y sus parientes han recogido dinero en las poblaciones; testimonio: estos auvernianos mismos y esos «viejos padres», á los que tantas criadas normandas ó de otros países, colocadas en condiciones en la capital, envían, por correo, una pensión mensual.

dos, no viven, seguramente, como el albañil de New-York, que cobra cuatro dollars (1).»

Estos hechos son, por otra parte, bien conocidos por los patronos que contratan á los obreros recién llegados á la capital cuando pueden, ó que les hacen venir de las provincias, cuyas costumbres más frugales han creado un menor desenvolvimiento de necesidades.

En lo que concierne á la diversidad de los precios del salario, según las profesiones, es no menos cierto que la dificultad del trabajo, su carácter malsano ó desagradable, en una palabra, todas las modalidades que puedan afectarle, no bastan á explicar la diversidad de las remuneraciones. Un obrero pintor gana más que un empleado de banca; y, sin embargo, es preciso mayor preparación para ser empleado de banca que para ser pintor; pero las necesidades del obrero son mayores que las de un dependiente de banca, generalmente reclutado en un medio económico y ordenado.

2.º En las filaturas y fábricas de tejidos, las mujeres realizan sin dificultad el mismo trabajo que los hombres, y también á menudo la agilidad de sus dedos y su aplicación les dan una ventaja sobre sus concurrentes masculinos; sin embargo,

(1) M. Emilio Levasseur, *El obrero americano*. París Larose, 1898, tomo I, pág. 611.

ellas ganan siempre un salario menor, aunque la tarea realizada sea equivalente. En efecto, las necesidades de las mujeres son menores que las de los hombres, y la ley de los salarios obra aquí con tal energía, que los esfuerzos más vigorosos de las *Trade's Unions* inglesas no han podido aún contrarrestarla.

3.º En todas las industrias en que la cosa es posible, una fuerza irresistible bajo el régimen del mercado individual de trabajo, arrastra al patrono á substituir el trabajo de las mujeres al de los hombres, y el de los niños al de los adultos. Es inútil insistir sobre este hecho, ilustrado por muy numerosos ejemplos; y son conocidas las luchas sostenidas por los sindicatos obreros para restringir el número de los adolescentes que bajo pretexto de aprendizaje no hacen más que procurar al patrono el trabajo á más bajo precio del corriente.

4.º Cuando en una población industrial se examinan las rentas de la familia obrera, bien cuando el padre asiste solo al taller, bien cuando en él trabajan el padre y la madre, se observa que estas rentas apenas bastan para permitir á la familia obrera tener un número de hijos proporcional á las necesidades de la industria, tanto como ésta pueda hacer estado de provisiones de trabajo que la afluencia de obreros venidos de fuera le proporciona. Los célibes y los casados

sin hijos pueden llevar un método de vida normal, que es también bastante cómodo para los primeros; las familias que tienen el número de hijos conforme á las necesidades de la producción, tienen apenas lo necesario, y los que traspasan este número se encuentran en una miseria tanto más grande cuanto más fecunda ha sido la unión.

Se puede hacer una información sobre este punto en los diversos centros industriales de Francia; se llegará invariablemente á la misma conclusión y á la verificación de la fórmula que acaba de ser enunciada. El hecho es muy patente en Elbeuf. Cuando se observa una familia teniendo dos hijos, lo que es el caso normal en esta villa, y se suman las ganancias del padre y de la madre, trabajando los dos en la fábrica, lo que es también muy frecuente en este centro industrial, se ve que la renta media de la familia, que es de 33 francos 60 céntimos, poco más ó menos, por semana, basta apenas para lo que los obreros consideran como sus necesidades. Los obreros no casados, ó que no tienen hijos, gozan de un excedente del que muy á menudo hacen, desgraciadamente, un mal empleo; y las familias que tienen cuatro, seis ú ocho hijos, se encuentran en una situación insoportable, y tienen que dedicarse parcialmente á implorar la caridad pública ó privada, que, por otra parte, no les da más que un socorro muy insuficiente.

Si se observa desde más lejos, y nos esforzamos por analizar con alguna precisión la fieza que mantiene aún contra la concurrencia la tasa de los salarios á tal nivel, mejor que á tal otro más bajo, observaremos que los obreros cuyas necesidades están más desarrolladas, cualquiera que sea la razón de este desarrollo, merezca elogio ó vituperio (observancia de la ley moral en el matrimonio, creando una numerosa familia, ó libertinaje, organización comfortable del hogar, ó borrachera, necesidad de previsión, etc.), prestan á sus compañeros un señalado servicio. Gracias á los asalariados, que creen no tener más que lo necesario, otros pueden tener un poco de superfluo, del que ellos harán, por otra parte, un buen ó mal uso, según su buena ó mala formación social.

Esta verdad ha sido muy claramente expuesta por un perspicaz economista americano, M. Gunton, en su hermoso libro *Wealth and Progress*:

«El importe de los salarios—dice—, y por consiguiente la prosperidad social de las masas, no están mantenidos y colocados en adelante por la influencia de aquellos cuya extensión de vida está por debajo de la máxima ó de la media, sino por la presión constante de los deseos no satisfechos de aquellos cuya medida de vida es la más alta en su clase. En otros términos, el progreso social y la civilización son promovidas no

tanto por la economía de las riquezas, como por su consumo. Los que economizan, especialmente entre los asalariados, no se encuentran en estado de impedir que hagan lo propio los que consumen. Si todo el mundo economizase, ¿quién podría consumir? Y si nadie consumiese, ¿quién podría economizar?»

Esta doctrina, tan llena de consecuencias y que parece completamente exacta, ha sido objetada, diciéndose «que son los recursos del obrero los que determinan su modo de vivir, y no su modo de vivir el que determina sus recursos». Un obrero, sin duda, no puede satisfacer sus necesidades más que dentro de la medida de los recursos que le proporciona su salario; pero, al principio, él no acepta trabajar por un salario determinado si sabe que esta renumeración no le bastará para atender al coste de vida que considera como indispensable. Es evidente que un obrero americano se verá obligado, si se encuentra en Italia, á limitar la satisfacción de sus necesidades tanto como lo exijan sus ganancias; pero, precisamente un obrero americano, *se abstiene de venir á buscar trabajo en Italia*. Por el contrario, los italianos emigran á los Estados Unidos, y, en virtud de la ley económica, que fija los salarios según las necesidades de una familia perteneciente á la categoría de aquellas cuya existencia cuesta más cara en el medio obrero donde se pide el trabajo,

ellos viven en la abundancia y realizan importantes economías, que les permiten regresar después á su patria.

De estas observaciones se desprenden dos consecuencias importantes, de las que he aquí la primera: el gran medio para producir la elevación de los salarios y para el mejoramiento de la condición de los obreros, consiste en desenvolver entre ellos necesidades de vida sana y conforme á la dignidad humana. Esto es lo que saben muy bien, hasta en los países en que, como Francia, el movimiento sindical está todavía en los comienzos, todos los verdaderos jefes de los sindicatos obreros, dignos de este nombre. En Inglaterra y en los Estados Unidos los *leaders* de las *Trade's Unions* tienen sin cesar en sus labios esta hermosa expresión: *the dignity of mankind*, la dignidad humana, de la que ellos desarrollan con amor todas las obligaciones y todos los derechos (1) en las reuniones públicas y en los

(1) ¿Por qué en los medios católicos este movimiento ha encontrado hasta aquí más desconfianzas que simpatías? ¿Quién, entonces, puede exaltar mejor que nosotros la dignidad del hombre, nosotros que creemos que Dios ha hecho nuestra alma á su imagen y semejanza, que tenemos un Dios por hermano y que afirmamos nuestra fe en una vida futura, participando de la vida divina? Es siempre el mismo embrollo: son los materialistas los que en nuestro país hablan con más entusiasmo del valor de la vida humana y de la grandeza del hombre.

pequeños *tracts* repartidos con profusión (1).

Los obreros, cuya acción bienhechora concurre al mejoramiento de suerte de sus compañeros, son los que tienen un concepto más elevado de las necesidades del hombre, y no los que se contentan con un miserable salario renunciando á toda mejora. Evidentemente, esto es gracias á los turbulentos y á los descontentos (2), y no gracias á los dóciles, que la condición de los obreros se mejore.

Esta opinión, por sorprendente que parezca al

(1) «Si el nivel de la existencia se mantiene á la altura del salario, éste se sostiene.—P.—¿Qué es lo que produce el nivel de la existencia?—R.—Por regla general, en todos los países y en todos los tiempos, la petición de aumento de salario es la consecuencia de la presión ejercida por las nuevas necesidades. Un hombre que sabe leer y que desea leer, pedirá un salario que le permita comprar libros. El descanso del domingo obliga á un salario que en seis días baste para la semana; alojamiento miserable hace salario miserable; por el contrario, buenos hábitos, buen alimento, buena casa, significan buenos salarios. No podréis tener lo mejor más que cuando sintáis la necesidad de lo mejor.»—*The eight hours Primer*, número primero, por Geo. E. Mc. Neill, citado por M. Lévassieur. Obra citada, pág. 615.

(2) Conviene mucho no confundir á los descontentos con los revoltosos y los revolucionarios. Mac Culloch indicaba también cuando, á mediados del siglo XIX, señaló entre las causas del hecho de que las clases laboriosas no habían sacado de los inmensos progresos industriales todas las ventajas que se podían esperar, el hábito creciente de los obreros de alimentarse con patatas. «Después